

LOS SUFRIMIENTOS DE MARÍA

“A Ti una espada te atravesará el corazón!” Lc 2,35

Simeón le predijo a María, de una manera un tanto cruel: *¡Una espada te atravesará el corazón!* Que esta espada sea la guía de nuestro discurso, y el objeto que suscite en nosotros, no tanto lágrimas y suspiros, sino sentimientos de verdadera piedad, que son los que agradan a María.

María, llegó a ser consciente, de alguna manera, de los padecimientos que Cristo habría sufrido, desde el momento de su inmaculada concepción, en el momento en que fue presentado en el templo y se ofreció a sí misma a Dios, con el don de la virginidad, en el instante en que el ángel le enunció la encarnación del Verbo.

Su sufrimiento comenzó con esta conciencia que llevaba en el corazón. Pensemos en el momento del nacimiento del Hijo, qué no habrá sufrido de ver a Jesús expuesto a tanta pobreza, miseria e intemperie, necesitado de todo hasta el punto de mendigar un poco de comodidad a los animales. Instruía por el Arcángel, en el momento de la circuncisión, habrá pensado en la sangre que habría derramado después sobre la cruz.

Pero es en el momento de la presentación en el Templo que, escuchando la profecía del anciano Simeón, la espada de dolor se incrustó en el corazón de María y no saldrá ya hasta el momento de la resurrección del Hijo.

La profecía no fue genérica, sino que especificaba de qué tipo sería el sufrimiento preanunciado. Aquel niño que llevaba en sus brazos, se transformaría en signo de contradicción. A Ella, que sabía intuir y comprender y que estaba iluminada por el conocimiento de la Sagrada Escritura, la afirmación de Simeón le presentaba Jesús, que tendría un fin semejante al de los profetas.

Pienso que más cruel que una espada fue para María escuchar decir que Jesús estaba puesto en Israel como signo de contradicción: ¿salvación o ruina?

Ciertamente que María deseaba que todo hombre llegase a la salvación por medio del Hijo, fue por eso, motivo de intenso dolor escuchar que, a pesar de las penas y

todos los tormentos del Hijo, muchos, hombres se perderían. Está puesto como signo de contradicción, muerte o resurrección¹.

Habría exclamado en su corazón: Hijo mío, tú tendrás que sufrir, ser destrozado, morir para salvar a los hombres, pero muchos irán a la perdición.

Si tienes que morir por todos, ¿por qué no todos se salvarán? María acogió este gran misterio y se ofreció a sí misma para que se cumpliesen los proyectos del Padre.

Sin embargo, esto no le quitó el sufrimiento, la laceración que la profecía le había anunciado. Mientras cuidaba, nutría, acariciaba a su Hijo, le cerraba los ojos para el reposo, ciertamente Ella en su mente volvía a la profecía; manos santas, pies mensajeros de paz, rostro de paraíso, fuente divina, ¿que será de Ti, dentro de poco?

Nos preguntamos: habrá sido rica de alegría y de felicidad la vida de María con su hijo, que crecía en edad, sabiduría y gracia hasta la edad de treinta años, El que era la gracia misma, la sabiduría misma. Ciertamente este tiempo debe haber sido para María como una anticipación del Paraíso.

¡Nos engañamos! Jesús era consciente del motivo por el cual había venido a la tierra, y consciente lo era también María: la cruz estaba en el horizonte; tal vez los dos pensaban en estos sufrimientos últimos y, por el gran amor recíproco, el sufrimiento era compartido y acrecentado.

Ustedes que son capaces de sufrir por el afecto que tienen a un ser querido, que se encuentra en una situación de dolor, pueden comprender algo del dolor que llena el corazón de María y de qué espada estaba atravesada: *“A Ti una espada te atravesará el corazón”*.

Agreguemos que el desconocimiento del momento en que se verificaría el acontecimiento doloroso, debió crear en el ánimo de María una tensión particular, una espera trepidante. María había creído que aquel momento había llegado cuando fue obligada a huir a Egipto con Jesús y José; y después, obligados a no poder volver a su

¹ Lucas 2,34

país, por temor de Arquelao, cuando perdió a Jesús en Jerusalén, cuando percibía el odio de los escribas y fariseos. ¡Cuántas veces sintió helársele la sangre en las venas, previendo que hubiese llegado la hora del dolor!

¡Cuántas veces habrá querido hablar con Jesús, pero calló! Conservaba todo en el corazón y detenía el llanto.

Se refugia en Dios, le confiesa sus temores y le ruega tener la fuerza para seguir unida a la voluntad del Padre. Pienso que María habrá tenido encerrada en su corazón esta angustia, que no era otra que la dolorosísima espada: *“A Ti una espada te atravesará el corazón”*.

Esta previsión de sufrimiento la debe haber hecho sobresaltar también durante el sueño, con imágenes duras y crueles. Habrá imaginado a su Jesús golpeado, gotteando sangre, morir clavado en una cruz. Tal vez habrá rechazado creer que la maldad humana podría llegar a tanto.

Todos los sufrimientos que tendría que sufrir Jesús, María los comprendía de la lectura y de la meditación de los textos proféticos. El sufrimiento la acompañó por toda la vida terrena de Jesús y la hizo partícipe del cáliz amarguísimo de la pasión; la espada penetró en el corazón de María hasta hacer de su alma un inmenso mar de dolor: *“A Ti una espada te atravesará el corazón”*.

Imaginemos por un instante el momento en que Jesús le dijo que había llegado “su hora” y que debía dejarla para volver al Padre, pero por el camino de la cruz.

¿Cuál fue la actitud de Jesús, de ternura y llanto o de dolor encubierto en la insensibilidad? ¿Tal vez la abrazó y la besó por última vez o, arrodillado delante de Ella le pidió la materna bendición?

¿Cuál fue la reacción de María? ¿Quién sabe decirlo? ¿Quién osaría intentar expresar los sentimientos que colmaban el corazón de la Madre y del Hijo?

No puedo imaginar si María quedó petrificada por el dolor o si, transportada por el dolor y el amor, lo siguió por lo menos por un tramo. Pero estoy seguro que mientras Jesús agonizaba en el Huerto de los Olivos, dejado solo por los suyos y por el Padre,

Ella estaba, si bien de lejos, al lado del Hijo, para compartir el dolor, la agonía y unir sus esfuerzos a los del Hijo para acoger la dolorosa voluntad del Padre y con el Hijo decía: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya, Padre mío”*²

Y cuando Jesús se movió para ir al encuentro de los verdugos, tal vez María salió a buscarlo, en la oscuridad de la noche, o por lo menos, al clarear el día, y por él, rogó al Padre.

Pienso que lo habrá seguido de lejos mientras pasaba de uno a otro tribunal, escarnecido por los soldados, burlado por Herodes y por Pilatos.

Tal vez sintió los golpes inferidos a Jesús en la flagelación, y estos laceraban también su corazón. Lo vio con la corona de espinas chorreando sangre y reconoció a su Hijo desfigurado.

¿Quién puede pensar cuales fueron los sentimientos, el sufrimiento de María cuando la multitud enfurecida prefería a Barrabás, condenándolo a la cruz? Aquella sangre, aquellas espinas, aquellas llagas ¿no fueron otras tantas espadas afiladas en su corazón? ¡Sólo un milagro la mantuvo en vida!

Pienso que fue muy duro ver a Jesús que caía bajo la cruz mientras Ella no podía ofrecerle ninguna ayuda, verlo obligado a levantarse y emprender la subida, empujado por los insultos y los golpes, como si fuera un burro que ya no resistía bajo la carga.

Fue tremendo verlo beber la hiel, despojado, atormentado, extendido sobre la cruz. Fue insoportable ver que las manos y los pies fueron traspasados por clavos y fijados al madero de la cruz. Esos golpes tuvieron un fortísimo eco en el corazón de María. Inútilmente las piadosas mujeres trataban de alejarla para que no viese aquella atroz barbarie, para que no lo viese colgado de la cruz, manando sangre de todo el cuerpo.

¿Quién podría resistir a tanto dolor? Tampoco María habría podido resistirlo, si no hubiese sido tan santa, tan identificada con la voluntad de Padre. Por la deseada

² Lucas 22,42

salvación del mundo, María resiste, acepta y “quiere” aquel sufrimiento. La espada de dolor traspasará su corazón, pero ella no se abandona, es digna hija del Padre y digna Madre del Hijo.

El Hijo se ofrece por la salvación del mundo, Ella se une en el ofrecimiento, con el Padre y con el Hijo es Madre, sacerdote, corredentora. Su dolor es desmesurado, pero Ella permanece firme. Se oscurece el sol, se estremece la tierra en sus fundamentos, se rasga el velo del templo, se parten las piedras, se abren los sepulcros, el mundo amenaza caer, pero María permanece fiel y fuerte. No cede al dolor. Permanece ante el Hijo, bajo la cruz, petrificada.

Oye a Jesús lamentarse con el Padre por haberle hecho experimentar el abandono y pedir un sorbo de agua, y gritar su fin; y tal vez percibirá su lamento porque Ella no estaba a su lado. Oirá decir: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Lo quiere el Padre, lo quieres tú, que esto se cumpla. Te dejo los hombres, ahí tienes a tus hijos. Te los confío a todos en Juan”.

“Voces de dolor más agudas que toda otra espada y que llegan a destrozar el alma. Exclamará San Bernardo: “Podrías tú, María, no ser Madre en esos instantes; no serías traspasada por las maldiciones y las blasfemias que lo insultaban hasta el instante supremo. Si lograras olvidarlo en el momento en que lo viste expirar suspendido en la cruz, mientras la lanza le traspasaba el corazón”. Sería menos duro para Ti acogerlo en tu seno, desgarrado y desangrado. Pero tú eres Madre y no puedes olvidarlo. Lo acoges entre tus brazos y todavía lo ofreces al Padre, por nosotros. Por nosotros lo sigues al sepulcro, lo besas por última vez, lo dejas...”

El suplicio más duro fue la conciencia que tanto dolor, tanta sangre derramada, serían inútiles para tantos hombres, muchos de ellos se perderían. El está puesto como signo de contradicción, será salvación o ruina para muchos, a ella una espada le atravesará el corazón.

La Persona más querida por Dios, la más santa que hubo sobre la tierra. Aquella que está por encima de todos los ángeles, y que no fue tocada por ninguna sombra de pecado, tuvo que sufrir tanto!...

Me siento profundamente humillado porque busco por todos los medios tener alejado todo sufrimiento y aliviado, al mismo tiempo, porque pienso que si María sufrió tanto por nosotros, ciertamente nos ama y pondrá todo su empeño para salvarnos.

Carísimos, ¿les parece poco todo esto? Tener una Madre que sufrió tanto por nosotros, con su Hijo y parece decirle: Tú sabes cuánto nos han costado los hombres, a Ti y a mí. ¿Podrás dejar que se pierdan? Estos pensamientos deben darnos una inmensa intrepidez, una inmensa confianza.

Preguntémonos ¿cuál es nuestra devoción a María?; ¿Sentimos dolor por nuestros pecados, causa de la muerte de su Hijo y de la espada que a Ella le atravesó el corazón? Haz, oh Madre, que repensemos y llevemos en nuestro corazón los sufrimientos de la cruz.

Antonio Gianelli

Prediche, Vol. 1, pág. 58